



# LA GRIETA

José Bernabé

## **Sobre este fragmento**

Léira lleva años trabajando como comadrona en Las Marcas. Sabe qué hacer con la sangre, el dolor y los cuerpos abiertos. Pero una mañana despierta con sangre en la boca y sin una herida que la explique. A partir de ahí, lo que parecía enterrado empieza a recordar por ella.

## **Sobre el autor**

José Bernabé (Alicante, 1981) es arquitecto, fotógrafo y escritor afincado en Suiza. Su obra explora la memoria, la pérdida, los silencios familiares y aquello que las personas aprenden a callar para seguir viviendo. En Vhaerien, esas obsesiones se transforman en fantasía oscura: dioses ambiguos, instituciones crueles y personajes enfrentados a verdades que rara vez llegan limpias.

© 2026 José Bernabé. Todos los derechos reservados. Fragmento autorizado para lectura y descarga gratuita. No se permite su venta, modificación ni redistribución comercial.

# I

## LO QUE SABE EL CUERPO

Léira despertó con sangre en la boca.

Al principio permaneció quieta, con la lengua apoyada contra el paladar y ese sabor a hierro llenándole la garganta. Respiró profundamente. A su lado, Saren dormía de espaldas, con una pierna fuera de la sábana y el pelo revuelto sobre la almohada. Con diecinueve años, conservaba todavía esa capacidad casi ofensiva de dormir unas horas sin defenderse del mundo.

Tragó saliva, pero el sabor siguió allí.

Fue abriendo los ojos lentamente. Tanteó las encías, despacio, buscando algún corte. Pasó la lengua por el interior de las mejillas. Nada: ninguna herida, ningún dolor. Solo la boca llena de una sangre que no sabía de dónde venía.

Se incorporó sin hacer ruido. La madera de la cama cedió lo justo al moverse. Saren seguía tan profundamente dormida que tuvo que buscarla un instante para asegurarse de que continuaba allí: los hombros estrechos bajo la sábana, una mano abierta junto a la cara, la respiración tranquila de quien aún no ha aprendido a desconfiar del sueño. A veces, al verla así, Léira sentía de golpe la distancia entre ambas: no en los años exactos, sino en todo lo que una había tenido tiempo de perder antes de que la otra llegara.

Apartó la sábana, bajó los pies al suelo y se quedó sentada unos segundos, esperando que el habitual mareo llegara, pero no lo hizo. Se sentía bien, demasiado; no descansada, sino liberada de una fatiga que llevaba años confundiendo con edad, como si durante la noche alguien hubiera retirado de su cuerpo una carga y la hubiera dejado en otra parte. Sentirse tan bien, extrañamente, le preocupó.

Caminó descalza hasta la cocina, con una mano apoyada en la pared para no despertar a Saren. Las brasas seguían vivas. Al inclinarse sobre ellas, la luz roja le iluminó la cicatriz blanca que le cruzaba el pulgar derecho. Una de las primeras, de los años en que aún tenía manos de aprendiz y no sabía sostener una navaja limpia.

Sobre la mesa había un cuenco sin lavar, un cuchillo pequeño, dos tiras de lino dobladas y la bolsa de cuero donde guardaba las agujas, el hilo y las hierbas secas. En Las Marcas, aquello bastaba para franquear puertas cerradas y para que nadie

preguntara más de la cuenta. Las llamaban comadronas cuando había agua, gritos y sangre; después volvían a ser dos mujeres del borde, útiles de noche e incómodas a la mañana siguiente. Léira había aprendido a no esperar gratitud. También había aprendido algo peor: que una mujer de parto exigía más precisión que ternura, y que a veces salvar a alguien consistía en no apartar la mano aunque la razón pidiera lo contrario.

Bren llegó de Veredàs antes del alba. La chica seguía sin parir.

Una primeriza de dieciséis años, si es que los había cumplido. Mal colocado, según el padre de la criatura, que había salido la noche anterior y había cruzado la montaña para avisarlas. Léira conocía aquella frase y lo que venía detrás. En aquellas aldeas de frontera se esperaba hasta que el miedo pesara más que el orgullo, y entonces alguien subía por el camino viejo, golpeaba la puerta y pedía ayuda mirando al suelo, porque allí el cuerpo abierto de una mujer también manchaba a quien se atrevía a hablar de él.

Dejó a Saren en la cama y salió de la pequeña cabaña. El aire de fuera traía frío y, aunque el verano todavía no se había ido, la llegada del otoño ya parecía definitiva. La hierba del prado, vencida por el rocío, cedía despacio bajo sus pies, y el cielo tenía esa oscuridad sucia de las últimas horas antes del amanecer.

Antes de empezar su camino, se inclinó y escupió sobre el porche. La saliva cayó sobre la madera en una mancha roja, espesa, casi negra. Aquello venía de más adentro que una pequeña herida en la boca. Se quedó mirándola durante unos segundos antes de volver a pasar la lengua por el interior de las mejillas.

El sabor seguía allí.

—¿Dónde has pasado la noche?

## **Continúa leyendo**

Si este fragmento te ha dejado dentro de la grieta, el resto no está pensado para explicarte el mundo con delicadeza. Está pensado para abrirlo.

**josebernabe.es**

La grieta está disponible en e-book y papel.